

# Don Quijote y Cristóbal Colón o la sinrazón de la realidad

Jorge Aladro

«Si puedes creer, al que cree todo  
le es posible»  
(Marcos, 9:23)

*En un lugar de la Mancha*<sup>1</sup>, cuyo nombre no sé, y en algún lugar de la provincia de Génova, *cuál fuese o qué nombre tuvo el tal lugar no me consta la verdad dello*,<sup>2</sup> no ha mucho tiempo que vivían un viejo hidalgo y un intrépido navegante<sup>3</sup>. Un buen día se propusieron llevar a cabo un determinado proyecto vital: hacer realidad un imposible. El hidalgo manchego se hizo caballero andante, restableciendo la antigua Orden de Caballerías; el navegante genovés pretendía llegar a las Indias atravesando el Mar Tenebroso y encontrar el Paraíso Terrenal<sup>4</sup>.

---

1. Citaré de la edición de Andrés Murillo. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Castalia, 1978. Citando primero volumen y después capítulo.

2. Fray Bartolomé de las Casas. *Historia de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 28.

3. La intención de este artículo no es analizar las consecuencias positivas o negativas del llamado «descubrimiento»; otro es el lugar para ello. Quiere este texto recuperar al hombre soñador, que produjo sin saberlo el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en la historia de la humanidad.

4. Véase Juan Manzano Manzano. *Colón y su secreto*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1976.

Nuestros protagonistas, dos personajes sin antecedentes<sup>5</sup>, se considerarán dos elegidos que han de cumplir una misión. Para ello, siguiendo la tradición judeocristiana (Saulo de Tarso-San Pablo), será necesario que se autobauticen. De ahí una de las razones de la preocupación constante de Colón por su propio nombre, a tal punto que cambiará varias veces su ortografía en el transcurso de su vida. También Alonso Quijano se irá llamando indistintamente Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura, el Caballero de los Leones, etc., hasta llegar a Alonso Quijano el Bueno. Razón tenía don José Ortega y Gasset: «Se olvida demasiado que el hombre es imposible sin imaginación, sin inventarse una figura de vida, de idear el personaje que va a ser. El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario»<sup>6</sup>. Sus nuevos nombres determinarán la voluntaria búsqueda de su propia personalidad en un naciente destino:

Puesto nombre, y tan de su gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar Don Quijote [...] Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, se llamó Amadís de Gaula, así quisó, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse Don Quijote de la Mancha (I,1).

Suele la divinal Providencia ordenar que se pongan nombres y sobrenombres a personas que señala para sí servir conformes a los oficios que les determina cometer, según asaz parece por muchas partes de la Sagrada Escritura [...] Llamóse, pues, por

- 
5. Muy poco es lo que sabemos de la vida de Alonso Quijano. En 1892, en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento, hubo una exposición de retratos del Almirante en Chicago; la exposición reunió 71 cuadros —entre ellos el más conocido: el de Sebastiano del Piombo— entre los cuales ninguno era verdadero. Véase Jorge Guillén. «Vida y muerte de Alonso Quijano». En: *Romanische Forschungen*, Vol. 64, Nº 1-2, 1952. Juan María Alponete. «Colón, el hombre que nunca existió». En: *Cristóbal Colón. Un ensayo histórico*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
  6. José Ortega y Gasset. *La historia como sistema*. Madrid, 1941.

nombre Cristóbal, conviene a saber, *Christum ferens*, que quiere decir traedor o llevador de Cristo, y así se firmaba él algunas veces; como en la verdad él haya sido el primero que abrió las puertas deste mar Océano, por donde entró y él metió a estas tierras tan remotas y reinos hasta entonces tan incógnitos a nuestro Salvador Jesucristo [...] Tuvo por sobrenombre Colón, que quiere decir poblador de nuevo, el cual sobrenombre le conviene en cuanto por su industria y trabajos fué causa que descubriendo a estas gentes, infinitas ánimas dellas, mediante la predicación [...] hayan ido y vayan cada día a poblar de nuevo aquella triunfante ciudad del cielo. También le convino, porque de España trujo el primero gente para hacer colonias<sup>7</sup>.

El hombre «racional», mucho más cercano en su sicología a Hamlet o a Gregorio Samsa que a Colón o Don Quijote, rechaza su papel de comparsa, de segundón; pero al mismo tiempo es incapaz de aceptar los riesgos que conlleva todo acto de creación —como dijo Lautréamont, los patos que vuelan en grupo temen al águila porque vuela en solitario—; así, este hombre realista no aceptará con facilidad compartir los sueños de los visionarios. Este es el sino de los héroes: ser incomprendidos y maltratados por nuestro miedo, porque vemos en el hidalgo de La Mancha y en el navegante genovés la tragedia de nuestra propia nada.

Cristóbal Colón y Don Quijote, impregnados de amor a su ideal, pasarán privaciones y humillaciones de todo tipo, tendrán que sacrificar su existencia que, por otra parte, sólo tiene sentido para ellos como el vehículo que les permite perseguir el ideal. Son, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, en la verdad que no se revela fácilmente, que les exige un culto y sacrificios, y que no se da sino tras larga lucha y una abnegación sin límites. Con acierto señala Todorov que «cuando se dice que Colón es creyente, el objeto importa menos que la acción: su fe es cristiana, pero uno tiene la impresión de que, aunque fuera musulmana, o judía, no hubiera

---

7. Las Casas, ob. cit., pp. 28-29.

actuado de otra manera; lo que importa es la fuerza de la creencia misma»<sup>8</sup>. Los más afortunados de entre nosotros trotarán, como Sancho, detrás de los soñadores, porque su entusiasmo ideal arrastra tan poderosamente que la razón positiva está siempre obligada a ir a su remolque; los menos venturosos, que somos la mayoría, como los Fonseca, los Bobadilla, los eruditos de la Universidad de Salamanca, el barbero, el cura, el ama de llaves, la sobrina y, sobre todo, el bachiller Sansón Carrasco, al carecer de la capacidad de soñar, nos protegemos en la burla, llamándoles locos: «Hiciéronse de nuevo muchas diligencias juntándose muchas personas, hobiéronse informaciones de filósofos y astrólogos y cosmógrafos, de marineros y pilotos, y todos a una voz decían que era todo locura y vanidad, y a cada paso burlaban y escarnecían dello»<sup>9</sup>. No es de extrañar que Erasmo, uno de los hombres más universales del renacimiento, haya escrito un libro en *Elogio de la locura*.

Platón, en su *Fedro*, destaca dos tipos de locura: «uno, producido por la flaqueza humana, y el otro es una liberación divina de los módulos ordinarios de los hombres», o como señala Avalle-Arce parafraseando al filósofo griego: «dos tipos, el chalado de manicomio y el loco divino»<sup>10</sup>. Don Quijote y Colón pertenecen al segundo grupo. Detengámonos a analizar el tipo de locura de Alonso Quijano y Cristóbal Colón.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura [de los libros de caballerías], que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la *fantasía* de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y *asentósele de tal modo en la imaginación* que era verdad toda

---

8. Tzvetan Todorov. *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo Veintiuno, 1987, p. 24.

9. Las Casas, ob. cit., p. 166.

10. Juan Bautista Avalle-Arce. *Don Quijote como forma de vida*. Madrid: Castalia, 1976, p. 98.

aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia mas cierta en el mundo (I,1).

Es obvio que la locura del hidalgo es consecuencia de una lesión en la imaginativa y en la fantasía. «En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante» (I,1). La voluntad de Alonso Quijada o Quesada le ordena convertirse en caballero andante, por lo tanto debe crear un mundo que se ajuste a su nuevo estado, porque: «las cosas son los medios que nos permiten vivir de una u otra forma, trazarnos uno u otro programa de existencia. Y las cosas, tal como se dan en su tiempo, no permiten a Don Quijote realizar su proyecto de vida, de figura humana. Tiene, pues, que transmutarlas en otras para cumplir su destino»<sup>11</sup>.

La locura del navegante es muy parecida a la del hidalgo. Adelantemos, aunque luego volveremos sobre ello, que también la «imaginativa» del genovés estaba trastocada, enfebrecida por las lecturas de Pedro de Ailly, de los viajes de Marco Polo, Plinio, etc. De ahí su afán de descubrir en la realidad las imágenes de tales lecturas. Sobre todo en su primer viaje, Cristóbal Colón verá unas Indias a través del color del cristal con que las había soñado-leído en Europa. Refiriéndose al Quijote, apunta Ignacio Ferreras que la realidad siempre objetiva en principio «se deforma o transforma ante los nuevos ojos que la ven; esta deformación o transformación es así una con-formación o re-formación, puesto que el protagonista, que es voluntad y es acción, intenta que su personalidad, que su intramundo, coincida con la realidad que le rodea»<sup>12</sup>.

Sin duda, para nuestro propósito, nos ayudará recordar el funcionamiento de la imaginativa, y para hacerlo nadie con tanta autoridad como Juan Luis Vives, ejemplo de humanistas:

---

11. José Antonio Maravall. *Utopía y contrautopía en el Quijote*. Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976, p. 166.

12. Juan Ignacio Ferreras. *La estructura paródica del Quijote*. Madrid: Taurus, 1982, p. 44.

Así como en las funciones de nutrición reconocemos que hay órganos para recibir los alimentos, para contenerlos, elaborarlos y para distribuirlos y aplicarlos, así también en el alma, tanto del hombre como de los animales, existe una facultad que consiste en recibir las imágenes impresas en los sentidos, y que por esto se llama imaginativa; hay otra facultad que sirve para retenerlas, y es la memoria; hay una tercera que sirve para perfeccionarlas, la fantasía, y por fin, la que las distribuye según su asenso o disenso, y es la estimativa... La función imaginativa en el alma hace las veces de los ojos en el cuerpo, a saber: recibe imágenes mediante la vista, y hay una especie de vaso con abertura que las conserva; la fantasía, finalmente, reúne y separa aquellos datos que, aislados y simples, recibiera la imaginación (*De anima et vita*, I, X).

La imaginativa es en el alma la receptora de lo que perciben los sentidos y la fantasía es la facultad que perfecciona las imágenes del alma, de tal manera que si el manchego y el genovés tienen desarreglada la imaginativa han de percibir las imágenes adulteradas y su fantasía perfeccionará el espejismo: «A nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído» (I, II). No es de extrañar que vean sirenas, cíclopes, hombres con rabo y hocico, gigantes en lugar de molinos, castillos donde hay ventas, la bacía de un barbero transformada en el yelmo de Mambrino, etc. No son los sentidos los que engañan a Don Quijote y a Colón, ellos «ven», pero ajustan y transforman lo que ven; es en el paso de lo sensorial a lo anímico donde las imágenes que perciben resultan totalmente distorsionadas.

Para el médico navarro Juan Huarte de San Juan la constitución natural —física, fisiológica— determinaba el tipo de ciencias, oficios o artes en los que el individuo descollaría. En su libro, bien conocido por Cervantes, *Examen de ingenios para las ciencias* (1575, revisado en 1594), basándose en la fisiología clásica (Aristóteles, Galeno, Hipócrates), perfeccionará la teoría de los cuatro humores. Se creía que el cuerpo humano estaba formado por cuatro

humores, la sangre, la bilis amarilla, la bilis negra o atrabilis y la flema o pituta. Cada uno correspondía a un temperamento y ambos estaban relacionados con uno de los cuatro elementos: la sangre-sanguíneo-Fuego, la bilis amarilla-la cólera-Aire, la bilis negra-la melancolía-Tierra, la flema-flemático- Agua<sup>13</sup>. Las características psicológicas de cada ser humano dependían del balance de los cuatro humores; así, el predominio de un humor sobre los demás caracterizaba el temperamento del individuo: sanguíneo, colérico, melancólico y flemático. Las características físicas del individuo estaban determinadas por su tipo de temperamento.

Cualquier lector familiarizado con *el Quijote* y con los documentos y la vida de Cristóbal Colón pronto entenderá que los humores predominantes en Don Quijote y en Colón eran en primer término el de la cólera y en segundo el melancólico. Ejemplo de ello es el episodio de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena: cuando el caballero manchego se encuentra en la dicotomía de elegir modelo, duda entre imitar la actitud colérica de Orlando o la melancólica de Amadís (Beltenebros).

*El corbacho* de Alfonso Martínez de Toledo —cuya edición príncipe se publicó en Sevilla el año 1498, obra de amplia repercusión durante todo el siglo XVI—, contiene uno de los mejores textos descriptivos de las características físicas del individuo colérico. El socarrón y divertido arcipreste de Talavera señala que:

Ay otros onbres de calidad colóricos; éstos con calientes e secos, por quanto el elemento del fuego es su correspondiente, que es el calyente e seco. Estos tales súbito son yrados muy de rezió, syn tenprança alguna; son muy sobervios, fuertes e de mala conplisyón arrebatada, pero dura breve tiempo; pero el tiempo que dura son muy perigrosos. Son onbres muy sueltos en hablar, osados en toda plaça animosos de coraçon, ligeros por su cuerpo,

---

13. Sería largo e inútil para nuestro propósito enumerar todo el complicado sistema de relaciones. Para más información véase el libro de Huarte de San Juan. Hay abundante bibliografía moderna sobre el tema. Véase Esteban Torre: *Ideas lingüísticas y literarias del doctor Huarte de San Juan*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1977.

mucho sabyos, sobtiles e ingeniosos, muy solícitos e despachados; todo perezoso aborrescen; son onbres para mucho. Estos aman justicia e non toda vía son buenos para la mandar, mejores para la exsecutar; asy son como carniceros crueles, vindicativos al tiempo de su cólera, arrepentidos de que les pasa. Son de color blanquinosa en la cara. E son de sus preduminaciones estos tres sygnos: Aries, Leo e Sagitarius, ardientes como fuego. Reynan estos tres sygnos en levante. E son muy fuertes onbres los demás a perder (Parte III, tercer capítulo).

Esta descripción se ajusta perfectamente a las características físicas y morales de Don Quijote y Cristóbal Colón. La siguiente figura del hidalgo manchego ha sido compuesta por las distintas indicaciones que se encuentran a través de todo el libro, donde se nos revela detalles de su apariencia física; Don Quijote era:

alto de talla, largo de miembros, flaco pero reño, seco de carnes, huesudo y musculoso, rostro estirado y enjuto, el color moreno y amarillo, la nariz aguileña, lacio el cabello que antes fue negro y ahora entrecano, abundante vellosidad, venas abultadas, voz ronca, elocuente, buen conversador, prudente con la comida y bebida, obstinado y constante, voluntarioso y, sobre todo, con una gran fe en su ideal.

Cotejémosla con el retrato de Cristóbal Colón hecho por el padre Las Casas:

Lo que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición, fué de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; [...] la barba y los cabellos, cuando era mozo, rubios, que muy presto se le tornaron canos; elocuente y glorioso; discreta conversación; era sobrio y moderado en el comer y beber; hablase con alegría en familiar locución, o indignado, cuando reprehendía o se enojaba de alguno; enemicísimo de blasfemias y juramentos [...] Fué varón de gran ánimo, esforzado, de altos pensamientos, inclinado a acometer hechos y obras egregias y señaladas; paciente y muy sufrido,



perdonador de las injurias; constantísimo de longaminidad en los trabajos y adversidades que le ocurrieron siempre, las cuales fueron increíbles e infinitas<sup>14</sup>.

Aunque existen algunas diferencias entre los dos retratos, las similitudes no dejan de ser asombrosas: ambos son altos, fuertes, pelo canoso, nariz aguileña, elocuentes, amenos en la conversación, sufridores, voluntariosos y comparten una gran fe en su destino. Sin embargo, lo que les hace en cierta forma espíritus gemelos no es el parecido fisiológico sino el tipo de locura que sufren. Don Quijote y Cristóbal Colón comparten la misma demencia, la demencia de la lectura. Tanto el hidalgo como el navegante no ven la realidad, la leen. Miran la vida con los ojos de la literatura y tratarán de vivir o ver según los modelos literarios; el hidalgo y el navegante leen el mundo para demostrar la verdad de los libros, lecturas que constantemente consultan «a fin de saber qué hacer y qué decir y qué signos darse a sí mismo[s] y a los otros para demostrar que tiene[n] la misma naturaleza que el texto del que ha surgido»<sup>15</sup>. Realidad y lectura se interfieren y se les confunden constantemente en la imaginación, hasta el extremo de no poder diferenciar una de otra provocando, en ese confusionismo, lo que Américo Castro llamó: «la realidad oscilante»<sup>16</sup>.

Son los libros de caballerías los modelos literarios en los que creará ciegamente Don Quijote, el *Amadís de Gaula* como modelo indiscutible, el prototipo de los caballeros andantes; *Don Belianís*, quien en opinión del Cura tenía «necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya»; *Tirante el Blanco*, «un tesoro de contento y una mina de pasatiempos»; y *Palmerín de Inglaterra*. No es casualidad que estos cuatro libros sean los únicos que se salvan del fuego en el escrutinio de la librería del hidalgo. Don Quijote será un calco viviente de los héroes de sus lecturas,

---

14. Las Casas, ob. cit., p. 30.

15. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI, 1990, p. 53.

16. Américo Castro. *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Noguer, 1972.

pero su error —aquí la parodia cervantina— es no darse cuenta de que sus modelos son personajes imaginarios. Bien advierte Carlos Fuentes que «la identificación de lo imaginario con lo imaginario remite a Don Quijote a la lectura. Don Quijote viene de la lectura y a ella va: Don Quijote es el embajador de la lectura. Y para él, no es realidad la que se cruza entre sus empresas y la verdad: son los encantadores que conoce por sus lecturas»<sup>17</sup>. La razón cede ante la lectura y acaba aceptando su dictado, su mundo es una creación voluntarista que tiene por finalidad hacer posible una misión. Entonces exclamará Don Quijote: «Píntola en mi imaginación como la deseo» (I, 25). La realidad existe porque existen caballeros andantes, y no viceversa, y las cosas han de amoldarse a esa realidad para que Don Quijote lleve a término sus hazañas. Si no fuera así, ¿quién liberaría a los perseguidos, quién haría justicia a los ofendidos, quién defendería a los indefensos? Don Quijote tiene que metamorfosear la realidad, leyéndola, para cumplir su destino.

Cristóbal Colón estaba «picado» de la misma «manía» —términos de Huarte de San Juan al definir el «ingénio»— que Don Quijote: la verdad de la lectura. Apoyándose en sus conocimientos geográficos y cosmográficos, Colón no sospechó que aquellas tierras que tenía enfrente de sus ojos eran un nuevo continente. Durante mucho tiempo las acomodó al objetivo de su proyecto inicial y las identificó como la costa oriental de Asia. Cuatro son los textos fundamentales en que se basará Colón: *Imago mundi* del cardenal Pedro de Ailly publicado entre 1480 y 1483, *La historia natural* de Plinio en versión italiana de 1489<sup>18</sup>, la *Historia rerum ubique gestarunt* de Aeneas Sylvius, y los *Viajes de Marco Polo* publicados en 1485. Conservamos los cuatro manuscritos anotados por Colón con unas 2,125 anotaciones, lo cual demuestra la atención con que los

---

17. Carlos Fuentes. *Cervantes o la crítica de la lectura*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1976, p. 74.

18. «ha grandíssima cantidad de almáciga y mayor, si mayor se quiere hazer, porque los mismos árboles plantándolos prenden ligero, y ha mucho y muy grandes, y tienen la hoja como lentisco y el fruto, salvo que es mayor así los árboles como la hoja, como dize Plinio» (Lunes, 12 de noviembre de 1492). Véase Plinio. *Historia natural*, cap. XIII y XXIII.

leyó<sup>19</sup>. Colón va a las «Indias» sabiendo de antemano lo que va a encontrar, con una imagen leída de la realidad que le espera. De esta manera, la novedad no aparece como algo relevante en sus escritos<sup>20</sup>. El conocía muy bien, porque había leído, las maravillas de Quinsay –nombre que Marco Polo dio a la ciudad de Kin-See– y que figuraba en el mapa de Toscanelli, «más todavía, tengo determinado de ir a tierra firme y a la ciudad de Quinsay» (domingo, 21 de octubre de 1492); de Çipango «que creo que deve ser Çipango, a la cual ellos llaman Colba [Cuba]» (*ibíd.*); de Zaitón –ciudad marítima muy alabada por el veneciano– «qu’esta es tierra firme, y qu’estoy ante Zaitó y Quinsay» (jueves, 1º de noviembre de 1492). También la naturaleza se verá afectada por este proceso de lectura, es decir de ficcionalización; «los cuales [los indígenas] después venían a las barcas de los navíos adonde nos estavamos, nadando, y nos traían papagayos» (jueves, 11 de octubre de 1492), «y los indios que traía en el navío tenían entendido qu’el Almirante deseava tener algún papagayo» (jueves, 13 de diciembre de 1492). Como es sabido los papagayos venían de la India, de ahí el interés de Colón en llevarlos a la Península, confirmando haber llegado a la costa oriental de Asia. Por lo tanto no hubo sorpresa, ni descubrimiento, y la historia le robó su nombre:

Colón descubre un mundo nuevo. Ahora bien, él no acepta la realidad de este mundo tal como le viene dada, sino que, como es natural, la acomoda a unos conocimientos previos y a un criterio propio, desde el que procede a su interpretación. Este enfoque subjetivo de la realidad se refleja de manera muy clara en algo tan elemental como las palabras con que describe lo que ve, o mejor dicho, lo que cree ver. Existe, en efecto, un claro

---

19. Véase Samuel Eliot Morrison. *Journals and documents of the life and voyages of Columbus*. New York, 1963.

20. «[El procedimiento de Marco Polo] esencialmente consistía en no ver sino lo ya visto y lo que se deja identificar o clasificar: todo lo inédito, por consiguiente, no aparece examinado o representado como tal, por su novedad descriptiva, sino como un aspecto, un uso o una amalgama de objetos conocidos». Alejandro Cioranescu. *Colón, humanista*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 63.

desajuste entre la capacidad cognoscitiva y el mundo circundante, que tiene por consecuencia, según es sabido, que Colón oiga cantar el ruiseñor o vea mastines y branchetes en unas islas en las que jamás han existido.<sup>21</sup>

Veamos algunos ejemplos de la «realidad de la lectura» para Colón en el proceso ficcionalizador-identificador entre lo que ve y lo que leyó<sup>22</sup>. En el tercer viaje, sin duda el más delirante, para probar que la tierra que tiene enfrente es el continente, Colón hace el siguiente razonamiento: «Y a confirmación de dezir qu'el agua sea poca y qu'el cubierto del mundo d'ella sea poco, al respecto de lo que se dezía por auctoridad de Ptolomeo y de sus secuaces, a esto trae una auctoridad de Esdrás, del 3 libro suyo, adonde dize que de siete partes del mundo seis son descubiertas e la una es cubierta de agua; la cual auctoridad es aprovada por sanctos, los cuales dan auctoridad al 3 e 4 libro de Esdrás, así como es Sant Agustín e San Ambrosio en su Examerón»<sup>23</sup>. Colón se autoconvence de su realidad por la autoridad que le otorgan los libros, los cuales nunca se equivocan, especialmente si son bíblicos, y unidos a la agregada autoridad de los Padres de la Iglesia. «Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comian hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y le cortavan su natura» (domingo, 4 de noviembre de 1492); «El día passado, quando el Almirante iva al río del Oro, dixo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara» (miércoles, 9 de enero de 1493); «de la isla de Matinino dixo aquel indio que era toda poblada de mugeres sin hombres» (domingo, 13 de enero de 1493). Pero sin duda su lectura

---

21. Consuelo Varela. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza Universidad, 1982, p. xxxvi.

22. Para un cotejo de los textos que leyó Colón y su «realidad» en los textos colombinos véase los trabajos de Manzano, Morrison y el excelente trabajo de Beatriz Pastor: *Discurso narrativo de la conquista de América*. Cuba: Casa de las Américas, 1983.

23. Es muy interesante la conjunción; aunque C. Colón no era un humanista, sus autoridades aquí siguen el orden de prioridades del humanismo: a-Fuente clásica; b-Fuente bíblica; c-Patristica.

más quijotesca es la que se refiere al Paraíso Terrenal. Pedro de Ailly lo había situado en una calurosa región más allá del ecuador, «concluyendo, dize el Almirante, que bien dixeron los sacros Theólogos y los sabios philósofos que el Paraíso Terrenal esté en el fin de Oriente, porque es lugar temperadíssimo. Así que aquellas tierras que agora él avia descubierto, es –dize él– el fin del Oriente» (jueves, 21 de febrero de 1493). Colón «tropieza» con algo sorprendente: la desembocadura del Orinoco y el color claro de la piel de sus habitantes; el genovés tiene dos alternativas: la empírica, es decir, explorar el nuevo y desconocido fenómeno, o encerrarse en su camarote y buscar la explicación en sus habituales autoridades librescas. Opta por lo segundo y así, apoyándose en las Escrituras y en el *Imago mundi*, afirma:

Fallé que [el mundo] no era redondo en la forma qu'escriven, salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçón que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuesse como una teta de muger allí puesta, y qu'esta parte d'este peçon sea la más alta e más propinca al cielo, y sea debaxo la línea equinoçial, y en esta mar Ocçéana, en fin del Oriente («Carta a los Reyes», 31 de agosto de 1498).

En este pezón, la alta montaña de Ailly, nacen los cuatro ríos bíblicos y Cristóbal Colón no duda en identificarlo con el lugar donde él cree que se encuentra el Paraíso Terrenal: «La Sacra Escripura testifica que Nuestro Señor hizo el Paraíso Terrenal y en él puso el árbol de la vida, y d'él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos prinçipales: Ganges en India, Tigris y Eufrates y [Nilo]», afirmando a continuación: «Grandes indicijs son estos del Paraíso Terrenal, porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos sanctos e sacros theólogos; Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás *leí* ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro e vezina con la salada» (*ibíd.*). Una vez más la lectura se ha impuesto a la realidad. La fe en su proyecto y

en las autoridades que la sustentan es encomiable, pero no lo son sus consecuencias:

Desde el momento mismo del descubrimiento, Colón no dedicó sus facultades a ver y a conocer la realidad concreta del Nuevo Mundo sino a seleccionar e interpretar cada uno de sus elementos de modo que le fuera posible identificar las tierras recién descubiertas con el modelo imaginario de las que estaba destinado a descubrir.<sup>24</sup>

Cuando los modelos literarios le fallan como fuente se impone la palabra-ley de Colón que se sabe el elegido, que cree poseer el conocimiento ¡peligrosa palabra! El Almirante superará todos los impedimentos materiales –la realidad– gracias a un voluntarismo determinista, existencial, y de esta manera, hacia el final de su segunda expedición se desentiende de verificar si Cuba es una isla o tierra firme y ordena que todos juren que «ciertamente no tenía duda que fuese la tierra-firme y no isla; [Con] pena de diez mil maravedís por cada vez que lo que dijere cada uno que después en ningún tiempo el contrario dijese de lo que ahora diría, e cortada la lengua; y si fuese grumete o persona de tal suerte, que le daría cien azotes y le cortarían la lengua» («Juramento sobre Cuba», junio de 1494)<sup>25</sup>. Si Don Quijote dijo: «Yo sé quien soy», bien podría haber dicho Colón: «Yo sé lo que veo». Juramento grotesco que nos recuerda el episodio, no menos grotesco aunque más inocente, donde Don Quijote, después de haber descalabrado a varios arrieros e infundirles «un terrible temor», es armado caballero. El miedo al

---

24. «Colón se aplicó a llevar a cabo este proceso de identificación con una voluntad y una constancia mucho más notables si se tiene en cuenta la gran diferencia que existía entre su fabuloso arquetipo y la realidad que contemplaba cotidianamente en sus recién descubiertas Indias. Esta voluntad de identificación del Nuevo Mundo con las míticas tierras mencionadas por Ailly, Marco Polo y las demás fuentes de su modelo, se manifiestan en los escritos colombinos desde los primeros relatos y descripciones del Nuevo Mundo que aparecen en el diario del primer viaje y en la carta de Santágel, hasta la última descripción que hizo de América en la carta a los reyes que escribió desde Jamaica al final de su cuarto viaje». Beatriz Pastor, *ob. cit.*, p. 47.

25. *Cit. en Tzvetan Todorov, ob. cit.*, p. 31.

castigo o a la violencia hace que los marineros y la gente de la venta se conviertan en cómplices de la «ficción» de los dos «locos», afirmándolos, así, en su realidad-locura.

Juntos también en la insensatez y en la derrota —no podía ser de otra manera—, la realidad se les impuso al sueño de «el poeta que deroga las leyes de la fría razón y se precipita en el caos de la naturaleza»<sup>26</sup>. Colón regresará a la Península, después de su tercer viaje, encadenado; Don Quijote volverá a su aldea, en su segunda salida enjaulado y finalmente, en la última, derrotado. Ambos morirán poco tiempo después tras una angustiosa melancolía: «—¡Ay! —respondió Sancho, llorando—. No se muera vuestra merced señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía» (II, 74). Cristóbal Colón, fracasado, desprestigiado, aislado en su destierro en Jamaica escribe:

Yo estoy tan perdido como dixere. Yo he llorado fasta aquí a otros. Aya missericordia agora el cielo y llore por mí la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para el oferta, en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartados de los Sanctos Sacramentos de la Sancta Iglesia, que se olvidará d'esta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia («Relación del cuarto viaje». Jamaica, 7 de julio de 1503).

Es ahí, precisamente, en su derrota, donde nacen como héroes —y como poetas, como quería Carlyle—, porque lo heroico en las vidas de Don Quijote y Cristóbal Colón no son sus victorias y descubrimientos, ya que no sufrieron más que descalabros y frac-

---

26. August Wilhelm von Schlegel. *Vorlesungen über schöne Litteratur und Kunst* (1801-1804). Cit. en Avalle-Arce, ob. cit., p. 86.

sos, sino la ciega fe en su misión, es decir la fe en ellos mismos como individuos; señala Ortega y Gasset que:

es un hecho que existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición y, en resumen, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. Estos hombres llamamos héroes. Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. (...) Cuando el héroe quiere, no son los antepasados en él o los usos del presente quienes quieren, sino él mismo. Y este querer él ser él mismo es la heroicidad (...) Su vida es una perpetua resistencia a lo habitual y consueto (...) Una vida así es un perenne dolor, un constante desgarrarse de aquella parte de sí mismo rendida al hábito, prisionera de la materia<sup>27</sup>.

Fe inalterable en su destino, en ellos mismos y en la misma fe: «San Pedro cuando saltó en la mar anduvo sobr'ella en cuanto la fee fue firme. Quien toviera tanta fee como un grano de paniso le obedecerán las montañas» («Carta a los Reyes», Cádiz o Sevilla, 1501); bien dice M. Eliade –al comentar el versículo utilizado como base por Colón (Marcos, XI, 22-24)– que «la fe, en ese contexto, como asimismo en muchos otros, significa la emancipación absoluta de toda especie de 'ley' natural y, por tanto, la más alta libertad que el hombre puede imaginar: la de intervenir en el estatuto ontológico mismo del universo»<sup>28</sup>. Los contratiempos, burlas, pedradas, sus propios errores –consecuencia de una lectura mística de textos donde lector y libro se transforman en una sola entidad ficcionalizadora del mundo– no serán impedimento alguno, sino todo lo contrario, para que Don Quijote y Colón perseveren en su proyecto vital. Su constancia, su agustiniano «*volo ut intelligam*», el voluntarismo en su ideal son superiores a las adversidades de la realidad: «Aquí

---

27. José Ortega y Gasset. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Revista de Occidente, 1970, p. 132.

28. «Levántate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, todo le será hecho» (Marcos, XI, 22-24). Mircea Eliade. *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza, 1972, p. 148.



se puede notar la gran constancia y también la certidumbre de su descubrimiento, que viéndose con tanta repulsa y contradicción, afligido y apretado de tan necesidad [...], no quiso blandear en cosa alguna, sino con toda entereza perseverar»<sup>29</sup>. De las vidas de Don Quijote y Colón aprendimos muchas cosas –buenas y malas–, pero quizás el mejor ejemplo que nos han dejado es que, a pesar de su dolor, desdicha y fracaso, la batalla de los sueños sigue abierta; dejémosles, pues, como en la novela *Vigilia del Almirante* de Augusto Roa Bastos, que ambos hagan testamento y mueran tranquilos junto al ama y la sobrina y «Que Osiris le[s] haya dado el agua fresca»<sup>30</sup>.

Con todo lo expuesto, lejos de mí decir que Cervantes se inspiró en Cristóbal Colón para crear a Don Quijote<sup>31</sup>; pero sí hacer resaltar una serie de paralelismos, a veces sorprendentes, entre los espíritus del hidalgo manchego y el navegante genovés. Desde el punto de vista estrictamente literario, y como apunta Stelio Cro, «la cultura y el genio de Cervantes no le permitían la imitación del material de Indias; éste fue filtrado por la sensibilidad de Cervantes [...] La asimilación del material de Indias debe considerarse también teniendo en cuenta la constante preocupación de Cervantes por la verosimilitud y por la doble perspectiva de la realidad y fantasía común en Cervantes y el material de Indias»<sup>32</sup>. Sabemos que el gran novelista se sentía atraído por las Indias e intentó en 1590 –fallidamente, claro está– irse a sus lejanas latitudes; sabemos también que los conquistadores leían con afán los libros de caballerías, tan amados por Don Quijote<sup>33</sup>; no es por eso de extrañar que Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, una de las crónicas más ajustadas a la realidad, describa su visión de la ciudad de México en términos quijotescos:

---

29. Las Casas, ob. cit., p. 167.

30. Vieja fórmula escrita en las lápidas del antiguo Egipto.

31. Jacob Wasserman. *Columbus, Don Quixote of the Seas*. Boston: Little, Brown and Company, 1930, p. 58.

32. Stelio Cro. *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América hispana*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1983, p. 130.

33. Irving A. Leonard. *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.

«Nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís». Lo demás son conjeturas. Lo cierto es que Cervantes-Don Quijote y Cristóbal Colón, al inventarse una figura de vida, antepusieron a sus nombres un Don y un Almirante quizás porque en sus fueros internos sospecharon lo que hoy nosotros sabemos: que fueron los descubridores de nuevos espacios para el hombre, uno geográfico –América–, otro ficticio –la novela moderna–, y ambos reales.